

LA FORMACION PROFESIONAL EN LA SOCIEDAD BURGUESA MEDIEVAL

¿Qué carácter presentaron las actividades instructivas en el seno de la nueva sociedad ciudadana, que caracteriza la civilización europea de la postrera época medieval? Rubió y Balaguer, en su obra «Vida española en la época gótica» (1), dice: «Ta! vez sea exacta refiriéndose a Francia y a los Países Bajos, la aseveración de Huizinga de que ni la literatura sagrada ni la profana conocen realmente al niño en la última edad media.» Y acto seguido el mismo autor arguye: «De España no puede esto afirmarse, ya que nos quedan interesantes testimonios escritos, no sólo de interés para la crianza y pedagogía infantiles, sino lo que es mucho más raro, de tentativas de interpretación en la psicología del niño. Finke —añade—, con todo el peso de su autoridad y su experiencia de investigador formidable, dice taxativamente que en ningún archivo de Europa, como en el de la Corona de Aragón, pueden hallarse tantas noticias de carácter personal sobre los niños.»

Pero dejando para más adelante la inclusión de algún testimonio en favor del anterior aserto del señor Rubió y Balaguer, digamos ahora que no solo por lo que a España se refiere, y en esto quedamos honrados con la afirmación de Huizinga, sino también por lo que respecta a los países allende nuestras fronteras, hay testimonios de que tanto la educación del niño primero, como también la formación profesional del joven después, fueron objeto de atención y de cuidadosa reglamentación por parte de los países y ciudades del Occidente europeo, especialmente durante los siglos XIV y XV.

Por lo que respecta a la primera educación que reciben los hijos e hijas de la burguesía, es preciso hacer una distinción de matiz, según se trate de las familias del patriciado mercantil, que detentan

(1) J. RUBÍO Y BALAGUER: *Vida española en la época gótica*. Barcelona, Ed. Alberto Martín, 1943, pág. 183.

generalmente los cargos directivos de la administración urbana, o de las familias del artesanado ciudadano, que constituyen el grupo más denso de la población. En el primer grupo de los señalados, las relaciones familiares de padres a hijos son más frías y la obediencia se funda más en el respeto y temor, que en el amor. Esta reserva en las relaciones familiares, reconoce como causa principal, el deseo del patriciado mercantil de mantener en sus relaciones sociales un clima muy cercano al de la nobleza. Las propias construcciones urbanas tratan de emular a las de los nobles. La vivienda de Jacques Coeur, el tesorero del rey Carlos VII de Francia, en Bourges, o la de Lorenzo de Médicis, en la calle Ancha de Florencia, pueden codearse con la mansión de los condes de Nevers, propietarios del condado flamenco; la de los arzobispos de Sens en París, o la del abad de Cluny, en la misma ciudad, construída sobre las ruinas del palacio romano de Thermes, por no citar más que los casos más conocidos.

En el seno de las clases burguesas artesanas, no existe este afán de emulación que domina a la oligarquía ciudadana. Además, su poder financiero es sensiblemente menor. Todo ello trae como resultado una intensificación de la vida familiar, que constituye el rasgo más típico y la aportación más entrañable de esta clase social. Desaparece esa distanciaci3n de padres a hijos, mantenida por la clase mercantil y con ello la obediencia filial, se funda en sentimientos más humanos. Por otra parte, la humildad del ambiente familiar, no permite el envío de los hijos a lugares extraños, de diferente ambiente social, para que reciban la debida educaci3n, ni siquiera el sostenimiento de ayas, que cumplan el mismo cometido. La familia está constituída exclusivamente por los miembros más allegados de la misma. El ideal familiar tiene como modelo el de la familia de Nazareth. Del mismo modo que los oficios reconocen sus modelos en personajes del Nuevo Testamento, relacionados con la vida de Jesús o María, la familia ve en el primer hogar cristiano su aspiraci3n máxima. Las ingenuas tablas g3ticas o las primitivas obras de la naciente xilografía, que abundan en los hogares burgueses, muestran constantemente a los ojos de los moradores del hogar el modelo a seguir. Los policromados vidrios de las capillas catedralicias juegan el mismo papel respecto al ideal propio de cada

oficio. El Niño Dios fué amamantado por su propia Madre y desde su primera infancia, se le ve manejar los útiles de carpintero. De este modo, los hijos e hijas de los burgueses artesanos, son alimentados con la leche materna y mientras los niños ayudan, al menos en las cosas más simples, a su padre y a los oficiales y aprendices del taller, las niñas lo hacen con respecto a las faenas domésticas o, en los hogares de situación más desahogada, se inician ya en el manejo del huso y la rueca.

Por otra parte, existe como una especie de reflejo, a su vez, de estas escenas familiares en las obras pictóricas de la época, y en ellas, vense los rostros, actitudes y los propios interiores de las mansiones burguesas. Estas obras, a la vez que son motivo de inspiración para la vida familiar burguesa, están inspiradas en esa misma vida familiar, y son la fuente principal de carácter iconográfico para el conocimiento de la misma.

Pero no solo existen estas valiosas fuentes iconográficas para el conocimiento de la educación en el ambiente burgués. No faltan textos literarios que nos ilustren en este aspecto. Son breves obras de carácter pedagógico, que adoptan generalmente la forma versificada, para hacer más fácil su aprendizaje a los niños. Este tipo de obras, se cultivaron en casi todos los países occidentales. Su época corresponde a los siglos de mayor esplendor de la sociedad burguesa, esto es, a los siglos xiv y xv. Estas obras tenían un fin, esencialmente moral; eran preceptos morales que los niños debían grabar en su memoria. En Francia, recibían el nombre específico de *chastic-musart* y *cartoiments*. También se escribieron versos con este fin en alemán e italiano, y a este mismo objeto responden las pequeñas obras didácticas en lengua inglesa, igualmente versificadas.

Además, las instituciones relacionadas con la educación, como sucede en los restantes órdenes de la cultura, sufren un proceso de laicización, pasando de las manos de las entidades religiosas a las de la sociedad civil, y así, los propios municipios se van encargando entonces del mantenimiento de Centros de Enseñanza, generalmente fundados y sostenidos por legados de burgueses distinguidos. En el vocabulario de la lengua alemana, se han conservado voces que tienen un origen etimológico indudablemente basado en

instituciones propias de la burguesía ciudadana; este es el caso, por ejemplo, de la voz *bürger-schule*, que equivale a escuela secundaria municipal.

En el «Código de las Siete Partidas», obra redactada en el segundo tercio del siglo XIII por una pléyade de jurisconsultos cortesanos, bajo la dirección de Alfonso X, se contienen algunos párrafos dedicados a la enseñanza. La corriente romanista que irradiaba de las aulas boloñesas, va a manifestarse aquí en todo su esplendor. Esta obra capital de la ciencia jurídica española encierra preceptos notables sobre la primera instrucción, base de la formación posterior. A continuación transcribo uno de estos párrafos, por juzgarlo interesante para el conocimiento de las condiciones en que debía desarrollarse la enseñanza en nuestras villas castellanas.

Dice así el texto (2): «De buen ayre, e de fermosas salidas, deue ser la Villa, do quisieren estableser el Estudio, porque los Maestros que muestran los saberes, e los Escolares que los aprenden, biuan sano, en el, e puedan folgar e recibir plazer en la tarde, quando se leuantaren cansados del estudio. Otrosi deue se abondada de pan, e de vino, e de buenas posadas, en que puedan morar, e pasar su tiempo sin gran costa...»

Las anteriores líneas nos sirven para demostrar, por otra parte, la buena disposición de los monarcas por la instrucción de sus vasallos, intentando llevar la semilla de la cultura al seno de ese tercer estado, que fué el más fiel auxiliar de la corona, en la común lucha contra las pretensiones de los poderosos.

Todas estas obras que jalonan la actividad cultural en el orden educativo de los siglos XIV y XV, van a recibir una consagración definitiva a comienzos del siguiente siglo, como consecuencia de la influencia progresiva que los problemas específicamente humanos van ejerciendo sobre el pensamiento. Todo ello coincide, por otra parte, con un aumento del nivel cultural alcanzado por las burguesías ciudadanas, de donde proceden los nuevos tratadistas, afirmación que puede comprobarse fácilmente contemplando las aburgue-

(2) *Código de las Siete Partidas*. Partida II, título XXX, ley II, que reza así: «En que logar deue ser establecido el Estudio, e como deuen ser seguros los Maestros.»

sadas fisonomías de los humanistas retratados por Holbein o Lucas Cranach.

Svend Dahl, en su obra «Histoire du livre de l'antiquité à nos jours» (3), dice refiriéndose a este nivel cultural alcanzado por la sociedad burguesa: «Es en el curso de los siglos XIV y XV cuando la clase burguesa llega a un grado de cultura y a una condición social y económica que le permiten coleccionar libros. Y estas bibliotecas burguesas no están orientadas exclusivamente hacia el latín como las de las iglesias, monasterios y colegios. Sin duda, en estas últimas, los libros escritos en la lengua materna, los libros de derecho de medicina o de botánica, y la literatura poética nacional que se desenvuelve entonces, no eran desconocidos, pero es en las bibliotecas de la burguesía donde se les comenzó a hacer un lugar más importante.»

Pero las grandes obras de tipo educativo que se debieron a la pluma de los escritores renacentistas, carecen en absoluto de interés para nuestro objeto, pues sus obras solo tienden a la consecución de una formación a base de los estudios de carácter literario. Podría tomarse como una excepción en este sentido, el diálogo erasmista «De pronunciatione», en él el vate de Rotterdam, trata de extender los estudios que él llama *reales*, como las ciencias históricas, la agricultura, etc. Así vemos que prescribe la lectura de Catón y Varrón sobre estos asuntos. Pero su intención no es la extensión de estos conocimientos especiales y su aplicación en la vida cotidiana, sino el servirse de los mismos con un fin puramente exegético respecto a los textos clásicos.

Simultáneamente a todo este movimiento literario en el plano de la teoría, en relación con los procedimientos educativos, que tiene lugar a lo largo de estos siglos, ha surgido y se ha desarrollado, un nuevo tipo de formación, cuyos fundamentos más o menos evidentes, los encontramos en algunos teorizantes coetáneos y cuya realización se lleva a cabo en el seno de las clases artesanas y mercantiles de las ciudades. No es que estas clases desdeñen por completo los conocimientos que les brindan los ilustres profesores que se aposentán en sus ciudades, sino que, adquiridos los rudimentos

(3) S. DAHL: *Histoire du livre de l'antiquité à nos jours*. Paris, Jules Lammarre, 1933, pág. 69.

indispensables para su cometido particular, los hijos de estos artesanos y mercaderes, completan su formación de modo harto distinto a los hijos de los caballeros e incluso a los del patriciado mercantil enriquecido. Se trata, en suma, de una instrucción de acuerdo con el papel determinado que les toca representar en la sociedad.

La formación profesional para las tareas mercantiles, está atestigüada por referencias de tipo literario y por restos, que podríamos calificar de arqueológicos. Entre estos últimos, se hallan una serie de tablillas enceradas del siglo xv, procedentes de la ciudad de Lübeck, la capitalidad de la gran Liga hanseática del Báltico. Estas tablillas enceradas, fueron utilizadas para los ejercicios de escritura de una escuela, encontrándose entre las mismas borradores de correspondencia comercial, que bien podrían constituir ejemplos de ejercicios de composición, los cuales, en este ambiente eminentemente pragmático, sustituirían a los ejercicios de composición sobre retórica, practicados por los educandos de las clases no burguesas, o al menos, por aquellos encaminados hacia el estudio de las artes liberales.

Otra consecuencia que se desprende de la consideración de estas fuentes primarias para el conocimiento de los medios de instrucción, es la de que desde comienzos de la decimocuarta centuria, se hacía del cálculo objeto de la máxima atención, especialmente en las ciudades lombardas y toscanas.

La finalidad mercantil invade el campo de la enseñanza. Pues no solo existen libros para la enseñanza del cálculo en las mencionadas ciudades con ese objeto, sino que también se hacía uso de manuales para el tráfico de los negocios. La misma enseñanza de la escritura y de la lengua latina, se encaminaba hacia el mismo fin. Era frecuente el planteamiento de problemas referentes a casos de mercaderes florentinos que, comprando paños en Pisa o lana en Génova, deben vender estos géneros en su ciudad de procedencia, indicándose los cálculos de precios que debían ser tenidos en cuenta, considerada la diferencia monetaria y la existente en cuanto a medidas y pesos.

Pero aún hay más. Al futuro mercader no le bastan los conocimientos teóricos que haya adquirido mediante la resolución de una serie de casos prácticos sobre la tablilla encerada o el perga-

mino. Es menester que adquiere una experiencia de la vida mercantil, visitando los más famosos focos mercantiles europeos y viendo la vida propia del comerciante y adquiriendo, en fin, un profundo conocimiento de los géneros objeto de trueque, como asimismo de las variaciones de la oferta y la demanda.

Todo ello solo puede conseguirse con los desplazamientos frecuentes a países extranjeros, donde, y esto constituye otro aspecto diferencial en la formación profesional de la burguesía mercantil, adquirir conocimiento o perfeccionarse en los ya adquiridos, respecto a las lenguas nacionales. Es el dualismo de las lenguas vivas y muertas entre la formación profesional y la humanística. Ello no quiere decir que desconociesen el latín, como ya hemos indicado, pero el uso de la lengua, hasta mediados del siglo XIII de carácter universal en las relaciones mercantiles, va cediendo ante el avance de los idiomas románicos y germánicos en la naciente Europa.

¿Cuáles eran estos Centros que constituían algo así como los lugares obligados para todo aprendiz de mercader? Es evidente, en primer lugar, que las grandes factorías marítimas serían las más apropiadas para este objeto. En ellas convergía el tráfico terrestre del interior del país, y las mercancías acumuladas en las mismas, se les daba salida hacia las factorías marítimas, o bien, los géneros llegados de dichas factorías, eran encaminados hacia diversos almacenes, de donde seguían distintos caminos hacia tierra firme. Es, pues, en los puertos, donde el panorama mercantil era más completo.

En el movimiento comercial europeo, desde 1250 a la apertura de las nuevas vías intercontinentales, podemos diferenciar tres zonas intensamente mercantiles: la cuenca mediterránea, desde Barcelona y Marsella, pasando por las grandes repúblicas marítimas italianas, para seguir por las factorías o escalas isleñas, hasta la isla de Chipre o las ciudades del Mediterráneo oriental en manos de los musulmanes, con las que también sostuvieron relaciones comerciales las ciudades cristianas, hasta su ocupación por los otomanos. En esta área mercantil, Venecia era, especialmente para los comerciantes de la Alemania del Sur, la escuela superior, donde completar su enseñanza profesional adquirida en Nuremberg, Ratisbona o Francfort. El llamado «Fondaco dei Tedeschi», era una

especie de hospedería de los bisoños comerciantes alemanes en la ciudad de las lagunas. Durante su estancia en la ciudad, se iniciaban tanto en el conocimiento de las mercancías, cuanto en el de las instituciones mercantiles típicas de esta área comercial, entre las que destacaba la teneduría de libros.

Las otras dos áreas mercantiles que podemos distinguir, corresponden a otros tantos mares de Europa: la del mar del Norte, con centro de gravedad en Brujas, y la del mar Báltico, recorrido por los navíos hanseáticos, que tenía su polo de atracción en la ciudad de Lübeck. Pues bien; si los comerciantes de la Alemania meridional, debían encaminarse hacia el Adriático, para ampliar conocimientos, los del Norte, debían encaminarse hacia Brujas o Londres, en el Mar del Norte, donde sus ciudades de procedencia tenían factorías, o bien hacia la antigua factoría de los varengos, a *Novgorod*, en el fondo del Báltico, o aún, hacia las playas árticas de la noruega Bergen, donde poseían asimismo factorías las ciudades confederadas de la Alemania septentrional. En estas ciudades, los comerciantes, «en viaje de prácticas», residían en los edificios que, destinados a almacén del arenque, las ciudades de la Hansa, construían en estas factorías.

¿Qué es lo que aporta todo ello a la práctica de la profesión mercantil? Desde finales de la decimotercia centuria, todo comerciante de una localidad importante sabe desde luego leer y escribir, calcular con guarismos escritos y hasta hacer uso del latín, bien entendido que esta lengua no será la de las relaciones comerciales, como lo había sido la de las relaciones religiosas y diplomáticas de la Edad Media anterior. Todo ello trae como consecuencia una mayor actividad y extensión del tráfico mercantil.

Por debajo de este cuidado programa formativo, que se trazó para la educación del mercader especialmente, encontramos, como un pálido reflejo del mismo, los pasos que todo artesano que aspirase a la consecución del grado superior en el oficio, aspiración lógica de todo «compañero» u «oficial», debía llevar a cabo por países o regiones varias, para el conocimiento de las diferentes técnicas de su profesión, observando también nuevas costumbres y hasta aprendiendo nuevas lenguas, pero todo ello a costa de pasar numerosas calamidades y vivir aventuras de todo género. La vida

del artesano por países extranjeros, es más dura que la del mercader, dado que aquél debe mantenerse de su propio trabajo durante estas andanzas. Muchas veces se ve obligado hasta a emprender los útiles de trabajo o las prendas de su indumento, como nos cuenta de él mismo Hans Sachs, el célebre zapatero nuremburgués. Su vida, en fin, tiene algunos puntos de contacto con la que llevan los truhanes de la picaresca española. Entre el *eulenspiegel* germano y el pícaro castellano, no hay más que un paso; y ello sencillamente, porque son dos creaciones hijas de un mismo ambiente, esto es, un ambiente influenciado por las burguesías ciudadanas.

Todavía existe un tercer escalón por debajo del artesanado burgués y es el grupo constituido por las gentes de mar no dedicadas al comercio, sino simplemente a la pesca. Por lo que respecta a la instrucción de estos gremios de mercantes y demás Corporaciones relacionadas con la pesca, aquélla adolecía generalmente de la falta de otros conocimientos que no fuesen los imprescindibles para el desempeño del oficio y que generalmente adquirían en la práctica continuada del mismo.

Fernández Duro, en su obra sobre la Marina castellana, dice refiriéndose a los marinos cántabros (4) que «los indicios de los conocimientos de los maestros y pilotos ofrece la certeza de que muchos, acaso los más, no sabían escribir.» Además, por lo que respecta a las obligaciones legislativas relacionadas con las gentes de mar, según señala también Fernández Duro, dichas obligaciones sólo se referían a la pericia marinera y a la sabiduría práctica de las costas y puertos.

ALFONSO GARCÍA GUZMÁN

Licenciado en Historia.

(4) Historia general de España..., bajo la dirección del Excmo señor don Antonio Cánovas del Castillo. La Marina de Castilla..., Madrid. El Progreso Editorial, 1894, págs. 157 y ss.